

Acabada la confesión, lleváronme al mismo sitio en que algunos años después fusilaron á Vidaaurri.

Allí se formó el cuadro; me colocaron en el fondo, me vendaron los ojos; el General arengó á la tropa, el capellán rezó el Credo, y al decir « su único hijo » conmovieron mi cuerpo cinco terribles pedradas, siendo la más grave una que me tocó en la espinilla de la pierna derecha.

Cai al suelo dándome por muerto; desfiló la tropa, me dejaron abandonado, y algunos minutos después vino el capellán y me dijo: — puedes irte.

Cuando llegué á casa y me vieron tan ensangrentado y tan descompuesto, llevaron gran susto, y entre regaños y reflexiones me convencieron de que nada deben de hacer los niños sin conocimiento ni voluntad de sus padres.

— Tú no tienes ni por asomo vocación para militar — me decía mi tío; ¿de dónde has resultado gente de guerra?

Por más de tres semanas fui á la escuela con la mano vendada y con un gran parche en la frente.

Mis compañeros, con las más picantes sátiras, me obligaban á enardecerme de coraje, y si alguno aparentaba consolarme, me decía: ¡pobre *alcabuciado*!

Han corrido muchos años y al llegar cada nuevo día de San Juan, recuerdo aquella campaña que fué un aviso del cielo, que me libró de ser soldado.

No llegué á *evangelista* como lo profetizó mi maestro y no sé si habré llegado siquiera á escritor mediano.

¡Tantos ejercen ese noble oficio en nuestro tiempo!

¡Oh día de San Juan! ¡Cuánto te han cambiado la civilización y la cultura! Todavía se visten de militares muchos niños, pero ya no hay aquellas luchas brutales, de las que se salía ileso por milagro.

¡Ni cómo ha de haberlas! Los niños de hoy no conocen la guerra. Han nacido en paz y viven en paz;

por eso les gusta más jugar con ferrocarriles, que con sables, y mientras en mi tiempo montábamos en un carrizo con un caballito de badana en la punta, los niños de hoy se van desde la Plaza hasta Chapultepec en bicicleta.....

## LUZ DE LA GLORIA

Á mi amigo Francisco L. de la Barra.

En la inolvidable Sevilla, gala y emporio del amor y de la gracia andaluza, atrae la atención del curioso viajero la fábrica de cigarros, que hospeda millares de obreras á cual más hermosa y resalada, como se dice en aquella tierra. Todo el mundo sabe lo que cada muchacha estanquera inventa y dice por la calle al tropezar con los tipos que, tarde por tarde van á verlas salir por la puerta de la fábrica.

Desde que la ópera *Carmen* popularizó á la cigarrera sevillana, no hay inglés rico que al pasar por la perla del Guadalquivir no pretenda visitar el estanco.

¡Y lo que escucha cada *mirlón*, no es para escrito ni para contado!

Un amigo y compañero mío, joven, guapo, ilustrado y fino en maneras como un príncipe, logró que le permitieran penetrar á aquel jardín de huries, á la hora del trabajo.

Llegó con tres compañeros de viaje, uno de los cuales, acompañado de una familia sevillana, daba el brazo á rubia y hechicera polluela.

Al atravesar los extensos salones recibieron pipos por este estilo.

Decía una chica de ojazos árabes á otra que enfrente torcía cigarros con rapidez de máquina :

— ¿Has visto la boda, Pepa?

— Sí, pero el novio no me gusta.

— ¿Por qué, hija de mi alma?

— Porque lleva la chistera con funda.

Y señaló riéndose hasta mostrar unos dientes como perlas, al joven que llevaba *claque* de raso.

Otra, fijándose en el único anciano de la comitiva, le preguntó á su compañera :

— ¿No oíste tocar la trompeta del juicio, Paca?

— ¿Á qué horas, chica?

— Cuando abrieron la puerta de la fábrica para que entrara mi abuelo. Y piensa que lo mató Napoleón en el año de ocho.

— Y cómo le chorrea polilla...

— Con un hombre así quisiera casarme.

— ¿Para qué, Cachonda?

— Para ser viuda al día siguiente ; ya sabes que me gusta vestir ropa negra.

— ¿Pobre abuelo ! cabe en una canal de pitillo.

— Yo lo vendo.

— Y yo lo compro.

— Y yo se lo cuelgo como milagro á la Virgen del Carmen.

— Ni para palillo de dientes me sirve.

Los viajeros entraron á una sala, que contenía muchas mesas y en cada mesa trabajaban doce mujeres, sirviendo una de ellas como de maestra directora siempre respetada y obedecida.

En una de tantas mesas vió mi amigo á una verdadera creación de Murillo, fresca de carnes, blanca como el armiño, de mejillas de rosa y con un par de ojos andaluces que derramaban luz y fuego.

Trabajaba torciendo cigarros y fijaba muy á me-

nudo sus lindas pupilas en un monstruo sentado á su derecha.

¡ Y con cuánta ternura lo miraba !

Era la mitad de un hombre ; le faltaban del lado derecho el ojo, la oreja, media nariz y la comisura natural de la boca, todo perdido debajo de unos pliegues y pegujones de carne amontonados, restirados y esparcidos horriblemente en el rostro.

Faltábale el brazo derecho y tenía el hombro tan caído que su cuello se doblaba sin equilibrio y su cabeza guardaba la más cansada de las posturas.

Faltábale la pierna derecha y la reemplazaba con una especie de zanco atado á la escasa parte de muslo que le colgaba entrapajado.

Era un monstruo aquel sér humano, á quien la mujer encantadora le estaba dando á fumar un cigarrillo, con la ternura con que una madre daría á su hijo un caramelo.

— ¿Qué es esto ? preguntó sorprendido mi amigo.

— La historia es breve — contestó la Administradora de la fábrica.

Esa chica tan linda, tiene algo mucho más hermoso que sus ojos, que su color, que su edad y su gracia, y ese algo es su corazón de oro.

Era novia de un gallardo obrero que vivía á ocho leguas de Sevilla y que para venir á verla y pelar la pava, tomaba en su pueblo el expreso de las ocho de la noche. — Alguna vez llegó cuando el tren acababa de partir á todo vapor ; lo alcanzó y quiso subirse por el estribo. — Cayó á la vía y le pasó la rueda por encima de medio cuerpo.

Lo levantaron moribundo y rogó que le avisaran á su novia, la cual en cuanto supo la desgracia fué á verlo.

— Mira, le dijo él — había ya juntado diez y seis mil reales (ochocientos duros) para nuestra boda. Ya voy á morirme y te los dejo, relevándote de todo com-

promiso. Eres muy buena, cástate con alguno que te quiera como yo y que te haga tan dichosa como yo pensé hacerte, y mándame decir unas misas en el mismo altar de la Virgen donde pensé que nos diéramos las manos.

La muchacha, bañada en lágrimas, se convirtió en enfermera de aquel joven al cual no daban más que algunas horas de vida.

Los cirujanos extrajeron el ojo, recortaron colgajos de la nariz, de la boca, de la oreja, de la mejilla y de la barba, amputaron el brazo y la pierna y dejaron entregado al buen Dios aquel montón de despojos que inspiraba horror y compasión al mismo tiempo.

Lució el nuevo sol y aquel infeliz vivía; la fiebre fué bajando; los días corrieron, las heridas cicatrizaron, y por fin se declaró la convalecencia franca hasta volver á la salud en el estado tan deforme y lastimoso en que hoy se encuentra.

La chica, su novia, se fué á ver al cura, le refirió su historia y le pidió de rodillas que la casara con este hombre.

— ¡Pero así... hija, tú estás loca!

— Yo lo amo lo mismo que cuando era guapo y arrogante, porque, señor cura, el tren no le ha destrozado el alma y la tiene tan grande y tan linda, como el día que me confesó que me amaba. Además, él no puede por sí mismo hacer nada ¿quién ha de cuidarlo, de mirarlo, de atenderlo, de amarlo como yo? Nadie en el mundo lo ha de mirar como he de mirarlo, ni lo hará feliz como he de hacerlo.

El cura ante tamañas razones, los casó á los pocos días y ella vino en seguida á pedir trabajo á esta fábrica solicitando que la acompañara su marido.

— Véalo usted, me dijo, no puede enamorar ni hablar quien de su aspecto se enamore ¿cómo he de dejarlo solo? Yo soy sus manos, sus pies, su voluntad, su vida.

— Ven y traélo, le respondí asombrada de sus resoluciones. Y allí tiene usted á esa pareja que todas las obreras respetan y diré más: envidian por dichosa.

Daban á la sazón las cinco de la tarde y sonó la campana que anuncia la salida de los talleres.

La encantadora chica acomodó la muleta y el zanco en la axila y en el muslo de aquel ser mutilado; colocó su brazo en el suyo, le puso una gorra de seda y echó á andar con él por los extensos corredores.

Allí pudo verse un espectáculo hermoso. Las obreras que salían cantando, gritando y corriendo en desorden, formaron en silencio una valla con admiración y respeto y pasó por en medio la pareja extraña; la graciosa joven risueña y feliz; él, andando lentamente colgado de su brazo como la vid de la rama...

— Dios te bendiga, María, le decían varias compañeras. Hasta mañana, ángel del cielo! le decían otras. Grano de oro, que la Virgen te cuide! — Pasa, luz de la gloria!

Y cuando la pareja salió de la fábrica, volvieron las obreras á cantar, á gritar, á correr en desorden, porque nada de lo que quedaba les inspiraba respeto.

— Frente á cuadros así, hay que tener fe en el bien, en el amor, en la virtud y convencerse de que la humanidad, y en ella las mujeres, no son tan malas como las juzgan los crapulosos ó los escépticos por suficiencia.

México, Junio de 1898.

## BLANCA

DE MIS « MEMORIAS DE TREINTA AÑOS »

## I

¡Qué tarde tan triste! El mar agitado azotaba con sus olas nuestro barco, y desde la empapada cubierta mirábamos á lo lejos un grupo negro : las Islas Canarias.

Tenia yo veinticuatro años; creía en la felicidad; amaba el peligro; encendían mis ilusiones y mis esperanzas, la fe en lo porvenir y el culto íntimo por lo grande, lo noble y lo bueno.

El mar, desde que estuve á solas con él, es decir, en medio de su inmensidad velada por enorme esfera azul pálido, me pareció antiguo y buen amigo, incapaz de traicionarme.

No naufragaré, dije, al pisar el barco, este abismo no será mi sepulcro, y confiado en esto, poco me importaban los vaivenes y los sacudimientos del palacio flotante.

Entregado á vagos pensamientos, veía volar las nubes, desbaratarse las sabanas de espuma, cruzar las gaviotas y desvanecerse á lo lejos como fugitivas sombras las velas de otras embarcaciones.

Recostada en ancha mecedora de bejuco, vestida con elegante bata plumiza, mal sujeta á la cintura con lazos encarnados, mostrando los diminutos pies apisonados en graciosos chapines de seda negra, viajaba con nosotros una joven hermosa y pálida.

Leía un libro pequeño, del cual sólo apartaba la vista

parar mirar el espacio. Cualquiera creería que estaba orando constantemente.

∴

Una tarde me senté sobre la borda de la obra muerta, y la joven, dejando su mecedora, se me acercó y me dijo con sobresalto :

— Elija usted otro sitio más seguro para sentarse, porque en ese va con mucho peligro.

— Gracias, ¿ le intereso á usted algo ?

— Un compañero de viaje es huésped de nuestra casa, y hay que evitar todo riesgo.

— Obedeceré á usted ciegamente — le respondí — y fui á sentarme á otro lugar en la cubierta.

De pronto, mi amigo X, joven arrogante y muy rico, hijo de acaudalado Ministro de una de las Repúblicas de la América del Sur, y al cual trataba íntima y fraternalmente, se me acercó y me dijo :

— ¿ Me servirías en algo íntimo que te pidiera ?

— Ya lo sabes : en todos los casos y en todas las cosas.

— Pues bien, escucha : vivo enamorado de la hechicera joven que acaba de hablarte; sus ojos han llenado de luz mi corazón que latía envuelto en sombras, y la idolatro con locura.

— ¡Hola! ¿ y qué quieres ?

— Que puedes hacerme dichoso con sólo manifestarle de la manera que te sea posible que no hay quien ame como yo la amo.

— Pero es una comisión que podrás desempeñar tú mismo sin embajador tan torpe y tan poco á propósito.

— Nada sé decir cuando estoy en su presencia. Tú lo sabes muy bien, poseo cuantiosa fortuna; he vivido solo, porque jamás me había enamorado; iba á Bolivia, pero ya no iré sino á donde ella vaya; ayú-

dame, amigo mío; háblale por mí; te lo pido en nombre de tu padre y de tu hija, tus dos grandes amores; anhelo casarme, ser dichoso, tener un hogar tranquilo y envidiado.

— El encargo es difícil, pero lo acepto, y buscaré oportunidad propicia para arreglarlo.

Esa oportunidad no se hizo esperar mucho, pues una hora después, encontré sola á la bella desconocida y acercándome la dije :

— ¿Qué lee usted con tanta constancia, señorita ?

— Novelas románticas : ayer acabé Rafael y hoy comienzo Graziela.

— Un libro dulce.

— Y tierno y triste; yo gusto de lo triste.

— Entonces me permitirá le presente á un amigo siempre triste, con quien congeniará bien.

— ¿Quién es ?

— Un joven que se sienta frente por frente de usted en el comedor y por las tardes pasea de mi brazo sobre cubierta.

— ¡ Ah! ya lo conozco ; pobrecillo ! es muy simpático y está muy enamorado.

— ¿ De quién ? le pregunté bruscamente.

— ¡ De mí ! Soy mujer y traduzco las miradas de los hombres. El amigo de usted no sólo me ama con pureza, sino que lo creo capaz de hacer por mí todos los sacrificios hasta el de casarse ahora mismo.

— Eso pretende.

— Pero eso es imposible.

— ¿ Es usted casada ?

— No.

— ¿ Ha prometido usted su mano ?

— Nunca.

— ¿ Ama usted á alguien ?

— Sí, á mi padre ; mi madre murió hace tres años y no tengo hermanos. Mi padrino es un tío anciano que me espera y vive con mi padre en Buenos Aires. Esta es mi historia.

— ¿ Viaja usted sola ?

— No ; me acompaña una antigua criada que se ha mareado mucho y no puede salir del camarote.

— Perdóneme usted lo que le voy á decir. La suerte de mi amigo me interesa como la de un hermano, y creo que será el más dichoso de los hombres si algún día usted lo acepta como elegido de su corazón.

— Todo lo entiendo ; así me lo han dicho sus miradas, pero son sueños imposibles ; me interesa tanto como yo puedo interesarle, pero no hay que pensar en eso....

— No entiendo.

— Preséntemelo usted y ya hablaremos ; sólo entonces entenderá lo que ahora parece un misterio.

## II

La naturaleza, complaciente á veces con sus hijos, sabe cambiar con oportunidad las decoraciones de su vasto teatro, para dar mayor solemnidad á escenas íntimas que no tienen otro desenlace que las lágrimas.

El mar es como los niños y como las fieras, juega ó mata. La tarde borró sus últimas tintas en el ocaso, y surgió la luna plateando las olas tranquilas.

— Mi amigo y yo conversábamos con Blanca.

— Bien, serénese usted, dijo la joven, yo sé, mejor dicho, yo adivino que usted me ama...

— Sí, con toda el alma.

— ¿ Y ha pensado usted seriamente.... ?

— Estoy dispuesto á todo.

- Y si exigiera un sacrificio muy grande.
- Sin vacilar lo haría desde luego.
- Ha soñado usted mucho desde que me conoce ; halla en mí, y no se engaña, una joven libre, honrada, capaz de hacerlo dichoso, de ser su compañera, de cultivar en un hogar la felicidad y de amarlo siempre.
- Sí, sí, en todo eso he soñado ; usted me adivina y lee en el fondo de mi alma.
- Pues bien, usted ha sufrido la más honda de las desgracias.
- ¿ Por qué ? no entiendo.
- Porque se ha enamorado por la vez primera con el fuego intenso de un corazón que no ha pertenecido á nadie. Henchido de fe, de ilusiones, de esperanzas ; es usted un creyente en la felicidad y lo respeto, lo compadezco y lo he llamado para que me escuche, no con los oídos, sino con la conciencia.
- Por piedad hable usted...
- Ha puesto usted sus ojos en una agonizante, en una moribunda, me ofrece un tálamo cuando sólo me espera un sepulcro.
- Menos entiendo, explíquese usted con franqueza.
- Mi padre me envió á París y vengo de allá, después de que el Dr. Peter me ha reconocido. ¿ No mira usted mi palidez terrible, mi abatimiento constante, mis ojos que brillan mucho, mis cabellos que parecen cubiertos de polvo, mi pecho que respira fatigosamente ? Sépalo usted, respiro por una pequeña porción del pulmón izquierdo ; el resto se deshizo ya ; y lo que me queda se desbatará antes de tres meses. ¿ Podrá usted celebrar sus nupcias en el camposanto ? ¿ Quiere usted que me sepulsen con una corona de azahares y una veste blanca que serán los gusanos los encargados de descenirlas ? Si, amigo mío ; voy á la muerte, mi padre creía que llevándome á un pueble-

cillo de mi país podría aliviarme, y el médico ordenó que me llevaran á América, el país en que está sepultada mi madre, para.... morir y reposar en el suelo que produce las flores con que jugué cuando era niña.

Morir en el extranjero es estar sin amigos ni conocidos en el panteón ; en la soledad más sola que puede imaginarse, y morir en la mar es quedarse sin un tabernáculo en donde los que nos amaron depositen sus lágrimas y sus coronas de siemprevivas....

— ¿ No exagera usted sus males, impresionada por el diagnóstico del sabio médico francés ? le pregunté enternecido.

— De ninguna manera. He pintado á ustedes las tristes condiciones en que me encuentro. ¿ Quién aceptaría por esposa á una mujer que ya siente en sus venas el espantoso frío de la muerte ? No ; yo no engaño nunca ; no ambiciono ceñirme el velo blanco sembrado de azahares porque sólo espero el fúnebre sudario que se adorna con el amarillo clavel de los muertos.

Sin esto, yo aseguro que habría amado y que sería capaz de hacer dichoso á usted, pobre joven. No olvide mi nombre, escríbalo en su cartera é infórmese de mí, dentro de cuatro ó cinco meses.

Mi amigo inclinó la cabeza y lloró como un niño.

Yo que entonces sentía y amaba, lloré también, sin avergonzarme de que aquella inteligente mujer viera mis ojos húmedos y enrojecidos por el sentimiento.

### III

Transcurrieron algunos meses y escribí á un amigo que hoy reside en Puerto Cabello, preguntándole por la suerte de tan interesante joven y me contestó lo siguiente :

« La pobre Blanca murió hace tres semanas de una tisis galopante. Á su entierro acudió lo más selecto de esta sociedad que la estimaba por sus virtudes. Su padre, riquísimo comerciante, está como loco. »

¿Qué habrá hecho mi amigo al saber tan infausta noticia?

Desde la noche que hablamos, al fulgor de la luna, sobre la cubierta del barco, quedó muy abatido. Esa noche me dijo con amargo acento:

— ¿De qué sirven la juventud y el dinero, cuando se ama un imposible? El primer amor de mi alma se ha encontrado por altar un sepulcro.

Entre tanto Blanca, la pobre Blanca ha de haber repetido en la ausencia aquellos lindísimos versos de Miguel Sánchez Pesquera, el incomparable bardo de Cumaná:

« Cuán triste es ver pasar nuestra existencia  
Como el aroma de la flor querida,  
En un rayo de luz volar la esencia  
Y en un golpe de tos volar la vida. »

Hay penas que no pueden medirse y el que las sufre las oculta, las niega, las domina y vive, charla y sonríe tranquilo en medio del bullicio humano, para no excitar la compasión ni la mofa.

¡Pobre Blanca! ¡Pobre amigo mío! Aquellas confianzas hechas sobre la mayor profundidad del Atlántico, en clara y apacible noche, me han dejado un imperecedero recuerdo.

¿Por qué á los seres buenos y que poseen todos los dones envidiables y apetecibles en la tierra, se les niega la entrada al templo de la felicidad?

Misterios inexcrutables son estos, y sería locura pretender descifrarlos.

## CABEZAS BLANCAS

*Á mi hijo.*

No puedes acordarte de tu abuelo.

Cumplías tres años y yo treinta y dos cuando él cerró para siempre aquellos sus ojos serenos y expresivos, que tantas veces con una mirada me dieron una bendición ó un consejo.

Tu abuelo tenía la cabeza blanca, sus canas brillaban mucho y el cadejo que sus hijos le cortamos cuando ya estaba muerto y que hoy es nuestra más preciosa reliquia, conserva todavía aquel refulgente brillo que parecía formarle una aureola.

Quando seas hombre verás, si Dios para velar tus pasos me conserva la vida, que ya tendré yo también esa nieve que tanto llama la atención de los niños en la cabeza de los ancianos.

Al referirme á las canas de tu abuelo, nacidas en su largo destierro, cuando nos tenía lejos y soportaba con resignación cristiana grandes penalidades en Europa, digo en unos versos que á ti y á tus hermanos he hecho aprender de memoria:

« La amarga proscrición y la tristeza  
En su alma abrieron incurable herida,  
Es un anciano, y lleva en su cabeza  
El polvo del camino de la vida. »

Adopté este simil porque lo creí el más verdadero de cuantos pueden aplicarse á las canas.

Nacen éstas, por ley natural, cuando después de haber recorrido la senda del mundo, faltan los jugos de la vida, á tiempo que faltan al corazón las ilusiones y las alegrías.

Una cabeza blanca es para mí tan venerable, que no puedo menos, al verla, de sentir impulsos de tomarla entre mis manos y cubrirla de besos.

¿Sabes por qué, hijo mío? Porque era en mí santa costumbre besar en todas partes y cada vez que la tenía cerca, la veneranda cabeza de mi padre.

Más que su ancha frente, atraían mis labios sus canas. ¡Cuántas de ellas nacerían al calor de los pensamientos consagrados á mi porvenir, á mis combates diarios con la suerte, y últimamente á mis secretas amarguras!

Justo era, y gratisimo, que yo ungiere con besos de amor y de veneración, aquellos blancos hilos de nieve.

Muchas veces así me curaba de mis dolencias humanas. Herido por la ingratitud, por la calumnia, por el engaño, por la envidia, ó por el odio, iba á buscar á tu abuelo, y al besar sus cabellos blancos me sentía consolado y reanimado.

Lo que en mí era negro, tomaba frente á sus cabellos blancura y brillo.

Eran hilos de nieve, y nada me ha comunicado más calor de vida que esos hilos.

Ningún otro beso se ha filtrado en ondas de santa fruición hasta el fondo de mi alma.....

La muerte desbarató aquella nieve acumulada en su cabeza por las brisas de la ancianidad y no puedo, hijo mío, conformarme con no encontrarla cuando la busco.

¡Qué amarga es la orfandad en todas las edades! Mira siempre con amor y con veneración la cabeza de un anciano. Ha pensado mucho, se ha coronado con las agudas espinas de la experiencia y está

próxima á recostarse en una almohada blanca como ella, pero dura y fría: la losa del sepulcro.

Respetá á los ancianos; saben mucho, sufren mucho, han perdido mucho y no esperan nada.

Sábelo y compadéceme, hijo mío; hay noches en que surge de entre mis sueños una cabeza circundada por un brillante nimbo de blanca luz; quiero tomarla en mis manos y coronarla con mis besos, pero se pierde en la sombra, se retira y se va.... apenas puedo enviarle mi beso etéreo, impalpable, á través de un abismo que no se mide ni se describe.

Es tu abuelo, que se asoma en mis recuerdos á mirar mis amarguras....

Pobre de mí, que aún quiero besar sus canas como en aquellos días en que, asido de mi brazo, daba sus últimos pasos sobre la tierra.

Hoy duerme el eterno sueño, pero está despierto en mi amor, en mi memoria y en mi corazón....

¡Hijo mío! descúbrete con devoción delante de las cabezas blancas.....

Así era la de tu abuelo; así verás mi cabeza cuando seas hombre; así será la tuya cuando yo, como aquél que me dió el sér, me ausente de tu lado para no volverte á ver nunca. Dios bendice al que respeta á los ancianos.

#### HOMBRE FELIZ

Mi compañero Antonio era sin duda el más inteligente y el más pobre de una de las clases de tercer año en la Escuela Preparatoria, hace mucho tiempo.

Había llegado de su Estado natal con chaquetilla y



pantalones de pana color de zorra; toscos zapatos bayos, y un sombrero de los que se ha perdido el molde y que les llamaban de panza de burro.

Era vivo como un ratón y se le parecía á ese roedor en los ojitos negros y brillantes y hasta en la particularidad de tener dos dientes que le sobresalían asomándose sobre el labio superior.

Cuando entró al dormitorio la primera noche, sin imaginarse cómo éramos los que allí vivíamos, se desnudó con recato, se arrodilló sobre el lecho y se santiguó con la unción propia de una beata octogenaria.

Esto provocó una carcajada ruidosa y el *chango*, y el *coyote* y el *chacuis*, lo aplaudieron cuando terminó el rezo, causándole un rubor y una turbación indescriptibles.

El pobre Antonio se acostó, escondió la cabeza entre las sábanas y antes de diez minutos recibió una tunda espantosa, aquella que se llama *capote*, porque la daban los colegiales con los capotes, los *plaid*s y los cobertores, hasta dejar aturdida á la víctima.

Recibió sin chistar una palabra todos los golpes hasta que alguien gritó: vamos á arrancarle el rosario.

— No hay necesidad — dijo — yo se lo daré, pero no me maten.

— Puesto que se da, déjenlo y que lo entregue.

Se sentó el pobrecito en la cama, se sacó del cuello un rosario de cuentas guindas, le arrancó una medalla que escondió en la mano y entregó lo demás al primero que halló más cerca.

— No, no — gritaron muchos — que entregue lo que ha escondido.

— Que lo entregue.

Y capotazo por aquí, capotazo por allá, volvieron á prostrarlo á golpes sobre el lecho.

Él soportó boca abajo aquella nueva tunda y por fin se irguió hecho un energúmeno y dijo:

— Vengo de muy lejos, más de trescientas leguas de distancia y esta medalla con la Virgen de Guadalupe me la dió mi madre para que en su nombre me cuidara en la ausencia; si ustedes tienen madre y la quieren y la extrañan, déjenme esto, pensando en ella.....

Los estudiantes se miraron unos á otros y el *chango* dijo: que la guarde y el rosario también; son prendas sagradas; pero que no vuelva á rezar en voz alta.

Aprobada aquella moción, como diría un parlamentario, Antonio se quedó quieto como cadáver y á la mañana siguiente bajó muy curtido entre todos á tomar el desayuno.

Le tocó sentarse juntó á mí, que he sido desde niño muy amigo de los infortunados. Hablamos de los sucesos de la noche anterior y acabó diciéndome:

— Figúrate, soy hijo único, perdí á mi padre, porque lo fusilaron por causas políticas; mi madre es muy piadosa y sólo porque el Gobierno del Estado me dió una beca para venir á México á hacer mi carrera consintió en mi separación; pero ella me dió esta medalla y me dijo: guárdala, hijo mío, rézale, confía en ella y tráemela cuando ya seas médico.

— ¿Hasta entonces? — le pregunté interesado.

— Claro. Un viaje á mi tierra cuesta muchísimo dinero y yo no puedo ir, ni mi madre podrá venir antes. Y esta medalla, — agregó enseñándomela — ungida con los besos de mi madre y mojada con sus lágrimas, me la querían arrebatarse; primero les hubiera dejado la vida.

Fuimos desde ese día muy buenos amigos y yo le llamaba *Toño* con una confianza fraternal. ¡Pobrecito! Cada año al llegar los exámenes velaba desde el mes de Julio y nunca empezaba sus estudios sin rezarle algo á su medallita, pensando en su ausente é idolatrada madre.

Todos llegamos á respetarle su culto de tal manera,

que si al llegar al salón donde velábamos, veíamos á *Toño* cabizbajo y mudo, suprimíamos las palabras duras y guardábamos silencio hasta que él levantaba la cabeza como diciendo : he concluído.

Aquel estudiante se fué civilizando en todo, en el vestir, en el hablar, en sus maneras, en sus costumbres, pero hay que confesarlo : el progreso no mató su fe primitiva, y el día en que concluyó los cinco años preparatorios me dijo :

— Ya voy á pasar á la Escuela de Medicina y ya le llevé á la Virgen á su Santuario del Tepeyac, una coronita de plata. ¡ Ah ! si pudiera hacerla de oro con brillantes el día que llegue á médico !

Corrieron los años ; colgué los hábitos buscando otra senda más corta para ganar algo práctico y cuando ya era un gacetillero de periódico diario, recibí la visita de mi amigo.

— Vengo á verte para que anuncies que me he recibido de médico ; mi pobre madre se pondrá muy contenta si ve mi nombre en letras de molde. Te traigo un ejemplar de mi tesis ; guárdalo como recuerdo de nuestro antiguo cariño.

— ¿ Y tu medalla aquella ? le pregunté con curiosidad.

— Mírala, aquí la traigo, se la voy á devolver á mi madrecita envuelta en mi título de médico y cirujano de la facultad de México. ¡ Ah ! si yo pudiera le daría á esta Virgen una gran corona de oro y brillantes. Ya le mandé hacer una chiquita para dejársela entre los muchos milagros que tiene en su Santuario.

Se fué Antonio, á quien le puse un párrafo encomiástico y candente de cariño y no volví á verlo en muchos años, aunque sabía que era uno de los médicos de mayor clientela en la capital de su Estado.

Hace muy pocos días, el 10 del actual Octubre, iba yo distraído por la calle, cuando oí que me gritaba por mi nombre una voz conocida.

Volví los ojos y me encontré en la acera de enfrente á un caballero elegante, de bigote cano, llevando del brazo á una viejecita y custodiando con ella á una señora con tres chiquillos.

— Antonio, ¿ eres tú ?

— Yo soy, hermano mío.

— Qué fortuna la de verte por aquí.

— Ya lo creo, estamos muy lejos el uno del otro : dos días y una noche de ferrocarril ; te presento á mi madre, mírala, todavía está fuerte, te presento á mi señora y á mis hijos.

Después de los saludos y los cumplidos de ordenanza, Antonio agregó :

— Enséñale, madrecita, lo que traes como mejor joya.

— La medallita que hizo médico á mi hijo, señor, y me ha traído para que demos las gracias á nuestra Santísima Madre de Guadalupe el día de su coronación.

— Figúrate, agregó *Toño*, que voy á ponerle la corona de oro y brillantes que yo soñé en darle el día de mi recepción.

— Pobre *Toño*, tú eres el mismo, le dije abrazándolo y mirándolo con envidia tan feliz con su madre y con sus hijos.

Cuando se retiró me quedé mirándolo y diciendo en mi interior :

— Sin duda que éste es el mejor y más simpático de los peregrinos.

Una fe así, es envidiable cuando en el enfermo corazón apenas entra un rayo de esperanza.

## FOTOGRAFÍAS INSTANTÁNEAS

## CHICHO

Don Fulgencio era un hombre muy rico, como que había heredado la inmensa fortuna de sus padres, que fueron siempre usureros sin pararse nunca en pelillos para agobiar con todo el rigor de la ley á los que no le pagaban.

Me acuerdo que oí decir cuando era yo niño que aquella, fortuna como la de algún abogado provinciano que conozco ahora representaba muchas desgracias, pues se había amasado con lágrimas de los infelices.

Don Fulgencio se casó con una de las más elegantes jóvenes de nuestra sociedad, porque sabido es que entre los ricos cada matrimonio es una fusión de capitales y no una alianza de corazones.

La casa de los desposados era un verdadero palacio. Escaleras y corredores de mármol, con macetas que contenían plantas exquisitas, mirándose desde el plátano de Madagascar hasta el humilde helecho y la popular margarita; salones y alcobas con alfombras de Bruselas y cortinajes de seda persa; vajilla de Sévres con el monograma de la señora en cada pieza; armarios con lunas de Venecia y camas que por su estructura recordaban las de Versailles ó Fontainebleau.

En el patio veíanse á todas horas dos ó tres carruajes de gran lujo con sus inmensos caballos normandos, pifando impacientes por hacer resonar sus herraduras en las principales avenidas de México.

En tan elegante casa tuvo aquel matrimonio opulento su primer vástago, á quien desde el primer día

envolvieron en riquísimos encajes de Valenciennes y le llamaron cariñosamente : *Chicho*.

Aquel niño creció con más cuidados que una flor de estufa. Le pusieron nodriza para que su mamá no desmejorase con la crianza; le cuidaban el sueño regando arena en el patio para que no se oyera el ruido de los carruajes; tenía una criada especial para que levantara lo que se le caía de las manecitas, y sus juguetes representaban un capital capaz de hacer dichoso al más ambicioso comerciante de la clase media.

Chicho no salía de la alcoba antes de las diez de la mañana; lo llevaban en el coche dentro de cristales á dar una vuelta por la Alameda; á la hora de comer, cuando fué ya grandecito, un reputado maestro de piano lo entretenía tocando para que estuviera de buen humor, antes de las seis de la tarde lo encerraban, divirtiéndolo con un pequeño teatro de títeres hasta que se dormía, y en la noche tres sirvientes se turnaban velando para cuidar su sueño ó satisfacer sus caprichos.

Don Fulgencio y su señora no eran capaces de dar á un pobre un centavo, pero protegían algunas iglesias, daban pensiones á algunas comunidades religiosas y socorrían á dos ó tres pintores, mandándoles hacer cuadros sagrados para los templos de mayor renombre.

Creció Chicho y por el miedo de que no se corrompiera con las malas compañías, nunca le mandaron á la escuela, pero le pusieron un maestro que iba á darle cátedra á su casa.

¿Qué le enseñaba? nadie lo sabe.

Sus padres cuidaron que desde muy niño lo llevara el cochero en el pescante, enseñándole á manejar las riendas; y en consecuencia, antes de cumplir diez y seis años, ya llevaba él sólo su carruaje por esas calles de la ciudad, llenas entonces de hoyancos y promontorios.

Chicho no tenía amigos, porque el director espiritual de sus padres había prohibido que le pusieran en comunicación con las gentes, y hasta en las mayores solemnidades de su vida, como el día en que hizo su primera comunión, no le acompañaron más que sus progenitores y los viejos criados de la casa.

Cuando Chicho cumplió los veintiún años, entró de socio en la Cofradía de San Luis Gonzaga, porque su padre juzgó prudente que empezara á mezclarse en los asuntos de la vida pública.

Recuerdo todavía el aspecto de aquel joven; era alto, flaco, descolorido, de grandes ojos, con marcada expresión de tristeza, su cabello fino y espeso caía en dos gajos sobre sus sienes; vestía correctamente; hablaba poco y sus maneras revelaban, desde luego, que había sido educado con el estricto rigor que caracterizaba á los señorones de otros tiempos.

Á Chicho le ruborizaba estrechar la mano de una doncella de diez y seis años; desconocía el baile; no sabía conversar en estrado; nunca había tenido una novia, y la vez en que inocentemente dijo á su padre que le gustaban los ojos de su prima Lola, le ordenaron que se confesara y comulgara, y que nunca volviera á hablar ni á pensar en eso.

El día ménos pensado murió el padre de Chicho y éste heredó su inmensa fortuna.

Como un río impetuoso contenido por un dique se

desborda cuando logra romper el obstáculo, aquel joven, al mirarse dueño de caudal tan grande, dió rienda suelta á sus pasiones y asombró con sus actos á nuestra sociedad timorata.

Todos los días se le miraba con distinto traje, remudando carruajes y troncos de caballos.

Nadie llevaba con mayor soltura las riendas de los frisonos, y ninguno tenía en su derredor tantos amigos encopetados que le adulaban de día y de noche.

En las carreras, en los cafés, en los tivolis, en los casinos y en los salones más aristocráticos, Chicho era el número uno y el árbitro de la situación, el dueño de los triunfos y de los aplausos.

Amigo de las *cortesanas* más notables, las regalaba con cenas, con trajes, con joyas, y puede asegurarse que ni el sultán más sibarita ha tenido nunca más brillante cortejo de favoritas.

Chicho tuteaba á las jóvenes más elegantes y á las hetairas más codiciadas.

Suyas eran las más grandes apuestas sobre el tapete verde y suyas también las más refinadas caricias que en el mercado del amor se venden.

..

La madre de Chicho murió un año después y entonces el acaudalado huérfano dió más impulso á sus tendencias.

El bacarat, el poker y el paco, mermaron en breve tiempo su fortuna; sus amigos de los casinos le fueron abandonando poco á poco; perdió en un as de oros su casa paterna; vendió los carruajes, hipotecó la hacienda, y en menos de tres años se quedó sin caudal y sin reputación en la sociedad y en la plaza.

Recurrió primero á pedir algo á sus antiguos camaradas, pero éstos se cansaron pronto y trató entonces de buscar trabajo. La verdad es que no sabía otra cosa

que conducir un tiro de frisonas, y para cochero tenía el inconveniente de haber nacido entre encajes de Valencienes.

Sin ropa, más tarde sin pan y sin asilo, sufrió la humillación de ser socorrido por alguna de las cortesanas que más le amenguaron su fortuna, y al último, enfermo de unos reumas articulares que no le permitían mover los miembros, solicitó y obtuvo una cama en un hospital de la beneficencia.

Lo que moralmente sufrió aquel hombre, no puede describirse. Acostumbrado en sus mocedades á despreciar el plato de Sévres en que le servían espárragos ó trufas, aceptaba ahora sin remilgos la cacerola de peltre llena de un caldo viscoso, en que se deshacían algunos mendrugos de pan ó nadaban algunas hojas de repollo.

El que se arropaba bajo el techo paterno con finisimas colchas de seda, cubriéndose los pies con el costoso *edredón de duvet*, en lujoso catre de latón repujado, yacía ahora en tosco catre de fierro, sobre colchón de borra, con sábanas de manta y el cobertor gris de los enfermos insolventes.

¡Cómo extrañaba sus antiguas pompas, y en cada noche lamentaba llorando el no haber aprendido algo de trabajo ó de ciencia, que lo libertara de la miseria y del abandono!

Alguna vez cuando ningún enfermero acudía al reclamo de sus quejas, reprochó á sus padres el profundo consentimiento con que lo habían criado, y llegó á pensar esto:

— Más me hubiera valido ser hijo de un albañil que del acaudalado Don Fulgencio.

La enfermedad fué agravándose y cuando el reuma

afectó el gran simpático, Chicho exhaló el último aliento.

No hubo quien reclamara su cadáver, así es que fué impiamente descuartizado en la plancha del anfiteatro, y por una extraña ironía de la fortuna, cuando lo llevaban á la fosa común en el carro de los muertos, detuvo el paso de este carro en la esquina de una de las calles de la ciudad, un lujoso landó, cuyos frisonas encabritados, no querían continuar la marcha.

¡Parece mentira! era el último carruaje que Chicho había perdido en un albur y que usaba todavía uno de sus compañeros de casino.

*Sic transit gloria mundi.*

## CON VEINTE REALES

No habían sonado las ocho de la mañana, cuando un par de agudos campanillazos, en mi casita de Madrid, me anunció una visita.

¿Quién llegará á estas horas? de seguro que no conoce ni por el forro las costumbres de la coronada Villa. ¡Visitar tan de mañana! Ni los médicos serían capaces de hacerlo en la culta capital de España.

— Señorito, señorito, dijo el criado en la puerta de mi alcoba, un paisano de vd. desea hablarle.

— ¡Me lo figuraba! paisano mío, acostumbrado á la vida de América, á levantarse temprano, á meterse en la cama á buena hora, á comer con método y no con hambre, á visitar á sus íntimos cuando le pega la gana, sin consultar el reloj, ni las conveniencias.

— Que pase y me espere en la sala, contesté bos-

tezando y sintiendo caer como si fueran de plomo, mis párpados enrojecidos por tantas sabrosas vigili-  
lias.

Oí sobre la estera del pasillo la marcha ceremoniosa del recién llegado; crujió la puerta de la pequeña sala y á poco el criado volvió y me dijo:

— Ya le dejé esperando, señorito. Cerré los ojos y me dormí de nuevo, arrullado por un rumor de notas de wals y de rigodón recogidas algunos minutos antes de que el sol dorase las frondosas arboledas del Retiro.

Me dormí profundamente y abrí los ojos, cuando en la torre vecina daban las once.

Florencio, Florencio, grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

— Señorito.....

— ¿Tú me dijiste algo de una visita que había llegado, ó lo he soñado?

— Sí, señorito, un paisano de usted le espera en la sala.

— Hombre, y yo me dormí.

— La visita se ha dormido también; está roncando en el sofá, muy tranquilo.

— ¡Ah! pues déjalo y dame mi ropa.

La *toilette* fué lenta y cerca de las doce me presenté delante del desconocido, á quien tuve que despertar tocándole un hombro:

— Señor Don Juan, me dijo, estoy tan cansado que me dormí; llegué anoche á Madrid, usted no me conoce; soy Fulano, allegado del General X y muy amigo de Z, á quien vengo á buscar en esta ciudad.

— ¿De dónde viene usted, caballero?

— Pues de México vine á Veracruz y de Veracruz á Madrid, y he hecho toda la travesía con veinte reales.

— ¿Con veinte reales?

— Sí, señor, reales mexicanos; con dos pesos y un

tozón, que aún los traigo en la bolsa, véalos usted.

— ¿Entonces ha hecho gratis el viaje?

— Exactamente. Me encontré en Veracruz á un catalán muy simpático, capitán de un barco de vela en que iba á traer carga para Santander y le dije que en Madrid tenía yo un amigo:

— Pues si quiere usted verlo, yo me lo llevaré en mi buque.

— Vamos, le respondí; y al día siguiente me embarqué; hicimos dos meses y medio de travesía, sufriendo algunas tempestades y calmas que nos desesperaron, hasta que por fin puse mis pies en tierra española y me despedí de tan generoso amigo.

— ¿Y de Santander á Madrid, cómo ha venido usted?

— Á pie y andando.

— ¡Bárbaro!

— He tardado diez días y vea usted, se me acabaron los zapatos.

— Ya lo creo, contesté mirando les pies de mi paisano, á mí se me habría acabado hasta la manera de ponérmelos.

— Pues sí, como le decía; me vine á pie y en las noches me quedaba en pobres casuchas ó en buenos hoteles de las ciudades más importantes, pero siempre advirtiéndoles que era mexicano, que viajaba á pie por suma pobreza y que demandaba hospitalidad gratuita. Y son muy buenas gentes; en ninguna parte me ha faltado pan y abrigo y en Torrelavega me quedé á descansar dos días y me encontré personas que me habrían dado un billete de tercera para el ferrocarril pero no lo acepté....

— Pues era buena oportunidad.

— Sí, pero me propuse llegar á pie á Madrid y aquí me tiene usted, con los mismos veinte reales con que salí de Veracruz.

— ¿Y cómo ha sabido usted mi domicilio?

— Lo pregunté por todas partes y deseo que vd. me presente con el General Corona.

— Claro; ahora mismo; es vd. un viajero extraordinario; y nadie ha hecho cosa igual, aplaudo su extravagancia y admiro su tacto; su tino, su fortuna, para haber conservado el dinero mexicano.

..

El hombre aquel era joven, de brillantes y expresivos ojos, de tez pálida, algo escaso de cabello, de barba rubia y bigote largo y sedoso.

Su sombrero, su traje, su calzado, estaban en ruina después de tantas fatigas, pero su carácter era franco y animado como si viviera en plena riqueza y cercado de venturas.

Había, sin embargo, un tinte de melancólica tristeza en su mirada, acaso la ausencia de la Patria y el temor de no volver á verla... ; quién lo sabe!

Lo presenté al General Corona y al Doctor Hajar y Haro, que lo recibieron con sorpresa y con interés.

Se albergó en una casa de huéspedes; allí fué víctima de una neuralgia cefálica que lo hizo sufrir muchas semanas y después conoció algo de la Corte. asistió á dos ó tres corridas de toros, vió de cerca al Rey Alfonso un sábado en que el monarca iba á Atocha; le tocó escuchar á Castelar y á Cánovas; no entendió una conversación de Frascuelo y colegas en el café Imperial; tomó café con tostada, horchata de chufas, callos, caracoles, calamares y... cañamones.

..

Después, aquel bondadoso é inolvidable General Corona, lo envió á México por cordillera, es decir, se lo remitió á nuestro cónsul en Santander, para que éste se lo enviara á nuestro cónsul en la Habana y

éste al comandante militar de Veracruz, que á su vez lo remitiera á su familia.

Y así volvió á México aquel extravagante paisano mío, que en cuanto llegó al seno de su hogar me escribió una carta en la cual me dijo:

— Todavía tengo en el bolsillo los dos pesos y el tostón que enseñé á usted en su casa cuando me dormí de cansancio en la sala...

Y ahora, lo encuentro muy seguido por estas calles, lo miro con gusto y con asombro, y me repite el recuerdo aquellas palabras que me impresionaron al conocerlo.....

— « Con veinte reales. » Y si ustedes conocen otro que haya hecho lo mismo, preséntemelo, porque de éstos así no caen dos en libra.

## UNA MEXICANA EN PARÍS

Al obscurecer de una tarde de Mayo, volvía yo con un amigo, sentado en la imperial de un ómnibus, del cementerio del Père Lachaise al centro de París.

Comenzaban á encenderse las linternas que decoraban las calles del barrio y no recuerdo si al salir de la Villette, mi amigo contemplando una calleja en cuyas puertas vendían algo de comer, me dijo con entusiasmo:

— Mira cómo se parece aquella calle á las de San Juan de México.

El amor á la patria obliga en tierra extraña á encontrar en todo alguna semejanza con algo de la ciudad en que se ha nacido y acaso yo pequé imagi-

nándome alguna vez que la *rue Royal* le daba cierto aire á la calle de Plateros y que los árboles de los Campos Elíseos se parecían á los de la Alameda.

— En efecto — le respondía — algo hay de aquellas calles en que se venden muchos anteojos á estas horas.

El cochero del ómnibus volvió la cara hacia nosotros; una cara en que descollaba redonda y tosca la nariz enrojecida por el ajenjo; nos miró con fijeza y agregó bruscamente :

— Esa calle se parece más á la del Hospital Real, donde está la imprenta del *Siglo XIX*.

Mi amigo y yo nos cambiamos una mirada de alegría, como diciéndonos : éste conoce nuestra tierra.

Le interrogamos y nos contestó que había estado en México en tiempo de la invasión francesa, que perteneció al cuerpo de Cazadores de Vincennes, que cumplió sus años de servicio, que le gustaron mucho nuestras costumbres, que había sanado de una antigua dispepsia con el uso del pulque y terminó diciéndonos :

Yo me traje de vuestra tierra dos cosas muy buenas que todavía viven conmigo : una mujer y un loro verde con cabeza amarilla :

— ¡Ah! ¿está usted casado con mexicana?

— Sí, señores; con una india de cerca de Cuautitlán, que ya se viste á la francesa, que tiene tres niños rubios que son mi encanto y que me obligan á pasarme las horas sobre este pescante para mantenerlos. Si ustedes no se desdenaran de visitar algún día á la pobre mexicana, mujer de un cochero, su casa está en tal parte y la honrarían y alegrarían con su visita.

— Gracias, anúnciele usted que iremos mañana.

Y cumplimos nuestra palabra al pie de la letra. Mi amigo y yo subimos muchas escaleras y en un sexto

piso encontramos á madame Berny, antes Camila Linas, oriunda del Estado de México y madre de tres chiquillos rollizos y mosfetudos.

¡Con qué satisfacción tan grande nos recibió en su pequeña y limpia vivienda !

Me acuerdo de ella como si la estuviera mirando.

Cabellos y ojos muy negros, la tez trigüeña, boca que deslumbraba por lo blanco y parejo de la dentadura; manos y pies diminutos; vestida con un traje de obrera parisiense; hablando bien el francés y mal el español, porque usaba todos los modismos y todos los disparates del pueblo bajo, que á nosotros nos sonaban allí como himno nacional y queríamos aplaudirselos.

Nos enseñó el loro que había ido á Europa en el hombro del antiguo cazador de Vincennes : nos mostró entre los útiles de su batería de cocina, un *metate*, un *molcajete*, un *comal* y un *tejolote*.

Nos hizo comer tamales que había preparado desde la víspera y nos patentizó la fusión franco-mexicana cuando uno de sus chicuelos le gritó : mamá *venez-ici* y ella le respondió con la mayor naturalidad del mundo :

— Espérame tantito.

Le brillaban los ojos de alegría, al recordar sus magueyes, sus tlachiqueros, la cocina de humo, el árbol de capulín que da sombra al corral de su casa nativa, y expresó en su semblante el dolor más intenso y la tristeza más profunda cuando mi amigo le preguntó :

— ¿Camila, tiene usted ganas de volver á México ?...

— Sí, respondió suspirando; pero eso no será nunca. Mis hijos son de aquí, y aquí nos moriremos todos.

— ¿Se acuerda usted mucho de nuestra tierra?

— Mucho, mucho. Mis hijitos saben querer á



México. Ahora verán ustedes. Pierre.... Pierre. Ven acá pronto.

Se presentó un chiquillo como de nueve años, engullendo un gran trozo de pan con mantequilla.

— Dí á los señores á quién le rezas de noche para que te haga bueno.

— Á la Virgen de Guadalupe.

— Bueno, ¿y cómo se llaman esas rueditas blancas que hago en el metate?

— Tortillas.

— ¿Y qué te doy de desayunar cuando te portas bien?

— Atole de leche.

— ¿Ven ustedes cómo conoce mucho de allá?

Nosotros teníamos las lágrimas en los ojos, y cuando nos despedimos, mi amigo, inspirado por una idea, le dijo al chico:

— Te voy á hacer un regalo que va á encantar á tu mamá, toma....

Y sacó de la bolsa una cajita de música. No hizo el chico más que darle dos vueltas al pequeño manubrio, y Camila se puso á llorar á lágrima viva.

Y había razón; era una cajita que mi amigo mandó hacer en Ginebra y que no tenía más que una pieza: el himno nacional mexicano.

— Señor: dijo la india, hacía muchísimos años que no había vuelto á oír esa música tan linda que me sacude el alma. Y sollozaba con angustia.

Al salir de la casa, Camila nos vió con gratitud y con dolor, pues le parecía que con nosotros se iba para siempre la personificación y la voz de una patria á la que no volvería nunca.

Lunes 18 de Julio de 1898.

### MANUEL ACUÑA

Todo se va, todo se muere. Á medida que se avanza en el camino del mundo, se van dejando pedazos del corazón sobre la fosa de cada uno de los seres queridos que nos abandonan para siempre.

Hoy es un triste aniversario para las letras nacionales: hace veinticuatro años — ¡parece que fué ayer! — que el poeta más inspirado de la generación de entonces, puso fin á sus días, cegado por no sabemos qué internas y pavorosas sombras.

Vivíamos él y yo tan ligados, fuimos tan íntimos amigos, que puedo asegurar, sin jactancia, que pocos le estudiaron como yo, tan de cerca, por lo cual juzgo un deber narrar algo sobre su vida y su muerte, en esta tristísima fecha, no sólo porque á través de los años se ha adulterado su historia, sino también porque muchos se interesan cuando leen sus versos, en saber, con toda la verdad posible, cómo era, cómo vivió y cómo murió el infortunado poeta.

Así es que, refundiendo antiguos apuntamientos, enlazando recuerdos que todavía están frescos en mi memoria, y juzgando con mayor experiencia lo que en aquella época no pude apreciar, encuentro ocasión oportuna para escribir un artículo en que han de campear la verdad y la justicia.

..

Manuel Acuña nació en el Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el año 1849, y vino de catorce años, ó poco menos, á esta ciudad de México, entrando